

## LIBRO SEGUNDO

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL Á LA EJECUCION DE CÁRLOS I

## CAPITULO PRIMERO

PREPARATIVOS Y PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

La lucha que había empezado en Inglaterra entre la monarquía y el Parlamento no debía resolverse por medio de palabras. No era una disputa sobre la inteligencia de un párrafo de la constitución del Estado ó de leyes aisladas; se luchaba por la supremacía. El Parlamento quería para sí la alta dirección de los asuntos políticos y religiosos tanto en el interior como en el exterior, y se apoyaba para ello en datos, ninguno de los cuales tenía verdadera fuerza. El rey, á quien se había obligado á retroceder paso á paso, no se hallaba dispuesto á abandonar la posición que había heredado y por el contrario había llamado á su auxilio la fuerza y la astucia para reconquistar el terreno perdido; se estaba pues en medio de una revolución. En verdad se discutía aun de parte de quién estaba el derecho, pero se trataba solo por cada uno de los contendientes de ganar el poder. En tales circunstancias, lo mas importante era saber quién tendría á su disposición la fuerza militar del reino; todas las demás peripecias de la lucha perdían su importancia al lado de esta. La penetrante mirada de Strafford había notado que este era el punto vulnerable de la monarquía. Las monarquías absolutas del continente se apoyaban en un ejército permanente, que era independiente del poder constitucional. Inglaterra, atendido su aislamiento, había podido contentarse con la institución de la antigua milicia, sin haber tenido necesidad de formar un ejército permanente. ¿Quién debía disponer de la milicia, conceder los altos cargos militares, enviar la convocatoria de tropas á los condados y tener en su poder las plazas fuertes y los arsenales, los almacenes y los puertos militares? Tal era la gran cuestión de que dependía el porvenir del país.

La formación especial del derecho público durante los anteriores siglos había dejado subsistentes muchas dudas y confusiones. Sin embargo, el que imparcialmente examinara la constitución del país, debía fallar en lo principal á favor de la prerogativa de la Corona. El rey se hallaba plenamente convencido de ello, había sacrificado muchas cosas para poder dirigir toda su energía á la defensa de este punto amenazado. Por parte del Parlamento se trataba también de apoyar en el derecho público las exigencias que había manifestado, pero encontraba mas cómodo y eficaz apoyarse en una necesidad inmediata. En Irlanda debían combatirse los rebeldes é Inglaterra estaba amenazada por las intrigas de la reina. Darle la espada al rey era hacerlo su dueño; no quedaba pues mas recurso que arrebatárle las armas. Bajo este punto de vista se escribieron varios folletos que se publicaron en defensa de los deseos del Parlamento. No negaban que el derecho de disponer de las milicias perteneciera á la Corona, pero declaraban que, á pesar de ello, cuando el

«reino se veía amenazado de un peligro inmediato, las dos Cámaras del Parlamento tenían derecho de movilizar las milicias, aun sin el consentimiento del rey, y que el Parlamento era el único que debía resolver cuando se presentaba esta circunstancia de «peligro inmediato.» *Pereant privilegia regis, ne pereat regnum.* así concluía uno de estos folletos. La misma teoría en que se había apoyado el rey cuando se trataba de la recaudación del dinero para buques, se volvía entonces contra él. Mas profundamente trató la cuestión John Pym: á su juicio, no solo para combatir un peligro pasajero, sino para dar fuerza á derechos inalienables que eran inseparables de las leyes fundamentales de la vida pública, podía y debía el Parlamento sostener su pretensión. «Esta máxima errónea, decía en uno de sus discursos, esta máxima errónea que defienden los príncipes de que los Estados son su propiedad y pueden hacer de ellos lo que se les antoje (como si sus reinos estuviesen sujetos á ellos y no ellos á sus reinos) es la raíz de la desgracia de los súbditos y de todos los ataques á sus derechos y libertades.» Y añadía, quizás pensando en el viaje de la reina, «según las leyes reconocidas del reino, ni aun las joyas de la Corona son de propiedad del rey, sino que se le confían para que se adorne con ellas. De la misma manera se le confían las ciudades y las fortalezas, los tesoros y los almacenes, los destinos públicos y el pueblo y hasta el reino en conjunto para que procure por su bien, su seguridad y su prosperidad. No debe pues hacer uso de su poder sino con ayuda del consejo de ambas Cámaras del Parlamento. Su deber es mirar que se comprendan bien las necesidades del reino é impedir, en lo que esté en su mano, que suceda lo contrario.»

Hacia ya varios meses que los asuntos de la milicia ocupaban á todo el mundo, cuando á principios de febrero el rey se mostró dispuesto á confiar la milicia del reino á las personas que le recomendará el Parlamento. A mitad del mes, ambas Cámaras habían aprobado una lista en la cual constaban los nombres de los que merecían la confianza del Parlamento y á quienes se quería que se confiaran las tenencias en los distintos condados de Inglaterra y del país de Gales. Eran en su mayoría personas notables como los condes de Holland, Warwick, Essex y Northumberland; los Lores Brooke, Kimbolton, Denzil Holles y otros, cuyo pasado parecía ser fianza de que no abusarían del cargo importante que se les confiaba. Estaban encargados de reclutar los hombres, instruirles, pasarles revista, nombrar los oficiales y llevar el mando. Los poderes podían serles retirados por el Parlamento. En el preámbulo de esta disposición se decía terminantemente que se habían tomado estas medidas á consecuencia del reciente atentado contra la Cámara de los Comunes, consecuencia de los sanguinarios consejos de los papistas que eran los promovedores de la rebelión en Irlanda. El rey recibió el mensaje cuando aun no se había embarcado su esposa; y aunque estaba muy irritado por un ataque

de John Pym, que le había acusado de que por su mandato se habían dado pases á varios de los jefes de la rebelión de Irlanda, decidió contenerse hasta que supiera que la reina estaba en seguridad. Contestó, pues, que se tomaba algun tiempo de reflexión para responder al mensaje del Parlamento como correspondía á la importancia de su contenido. Apenas había partido la reina, cuando recibió una nueva petición del Parlamento en la cual se le conjuraba á que no hiciese esperar mas tiempo su contestación. Contestó, ya en vísperas de emprender su marcha hacia el Norte, que no tenía nada que decir contra las personas que se le indicaban, pero que deseaba que no tomaran posesión de su cargo hasta que esto se verificase por medio de la ley, pidiendo que se exceptuase á Londres y á otras corporaciones que según antiguas franquicias tenían el derecho de regir por sí mismas las milicias. Pero sobre todo se negó á dejarse atar las manos por el Parlamento en la cuestión del relevo de los lugartenientes.

Al recibir la contestación régia se reunieron las dos Cámaras en consejo, se pusieron de acuerdo acerca de una declaración en la que consideraban la contestación del rey como una negativa á aceptar sus proposiciones y añadieron que si no recibían una respuesta mas favorable, se verían obligadas, en interés de la seguridad del reino, á proceder sin su consentimiento. También le indicaban que tanto él como el príncipe de Gales no debían alejarse de Londres. Cuando el rey recibió esta declaración en Theobalds, expresó su asombro: añadió que si alguien tenía motivos para temer y recelar era él, pues que no se consideraba seguro en Whitehall, y que en cuanto á su hijo ya tendría cuidado de velar por su persona. En la cuestión de la milicia no añadió ninguna declaración á las anteriores, y concluyó asegurando que solo pensaba en conservar á su pueblo la paz y el derecho. En su consecuencia, el día 2 de marzo dió el Parlamento el paso definitivo, y declaró que en virtud de su autoridad y según lo ya acordado, se procedería á poner al país en estado de defensa. En la Cámara de los Comunes nadie dudaba que las cosas habían llegado al último extremo y todos estaban convencidos de la gravedad de aquel día. En la de los Lores hubo un violento debate; trece de sus miembros presentaron una protesta. Siguiéron nuevas discusiones acaloradas en los días siguientes, al presentarse una declaración que en los recuerdos de lo pasado fundaba los motivos que tenían las Cámaras para temer un peligro en el terreno religioso y en el político. Era la contestación á las últimas manifestaciones del rey, enérgica en la forma, especie de manifiesto en el que se decía claramente que las Cámaras no se fiaban ya en la palabra del príncipe, pues éste había faltado á ella repetidas veces.

Los comisarios del Parlamento encontraron al rey en Newmarket, en donde le entregaron la reciente declaración, y donde hubo una discusión algo agitada. El rey se manifestó indignado; dijo que tal y cual alegado del Parlamento eran una mentira, se ofreció de nuevo á dirigir las operaciones en Irlanda si se le daban los medios para ello y se atuvo á sus primeras observaciones. El conde de Pembroke, uno de los comisarios, le preguntó si no quería ceder el mando de la milicia por algun tiempo, á lo que contestó: «No por Dios, ni por una hora. Me habeis pedido lo que no se ha pedido jamás á ningún rey inglés y lo que no daría ni aun á mi esposa ni á mis hijos.» Desde entonces cada vez se acercaba mas el momento del choque. El rey llegó á York y estableció allí su residencia, y aunque mediaron varios mensajes, mientras trabajaban las plumas, se preparaban ya á intervenir los aceros. El rey ofreció varias veces ir á Irlanda al frente de un ejército, pero el Parlamento contestaba que esto solo podía ocasionar perjuicios al bien público y al pro-

testantismo. Exigió que ciertos miembros de la Cámara alta, como los condes de Essex y de Holland, se presentasen en York, amenazándoles con la pérdida de sus empleos, pero el Parlamento declaró que esto era una infracción de sus derechos y prohibió que nadie aceptase cargos del rey. Negóse á dar el mando de la escuadra al conde de Warwick, pero el Parlamento prescindió de la negativa «en beneficio de la seguridad de S. M. y del reino.»

Donde había una oposición tan decidida no podía esperarse que hubiese una reconciliación. Se había llegado á un punto en el cual ya se dejaban á un lado las causas de la lucha, entablada para hacer reflexiones sobre el origen del poder del Estado. Cuando el Parlamento proclamó, á mediados de marzo, que su ordenanza sobre la milicia obligaba al pueblo á la obediencia en caso de peligro, el rey prohibió á sus súbditos que la obedeciesen, pues no había recibido su aprobación y por lo tanto no tenía fuerza legal. El Parlamento contestó: que á él solo incumbía el declarar lo que era ley del país y que el exigir de los súbditos que no obedeciesen sus mandatos, era una infracción de sus privilegios.

Cárlos I hizo pronto el desagradable descubrimiento de que sus manifestaciones, fundadas en el derecho público, no encontraban en todas partes el mismo aplauso que las de sus adversarios. De todas las fortalezas á las cuales hacia largo tiempo había dedicado su atención, la mas importante era Hull, sobre el Humber, ciudad en la que se encontraban importantes almacenes militares. Mientras que un enviado del rey procuraba atraer á su partido á los principales ciudadanos, tomó el mando de la plaza en nombre del Parlamento John Hotham. Era un soldado experimentado, que había tomado parte en las grandes guerras alemanas, miembro del Parlamento, y decidido á obedecer solo sus órdenes. En 22 de abril se presentaron el príncipe Jacobo, hijo del rey, y el príncipe heredero del Palatinado con una corta comitiva en la ciudad para pasar allí un día, según habían manifestado. Mientras que estaban observando las fortificaciones, se comunicó al comandante Hotham la noticia de que llegaba el rey con una comitiva de unos trescientos caballeros y pedía hospitalidad para él y los suyos. Hotham envió inmediatamente un mensajero al rey, suplicándole que desistiese de su visita, hizo levantar los puentes y prohibió al Lord corregidor y á los ciudadanos reconocidos como realistas, que abandonasen sus casas. Cuando el rey se presentó delante la puerta, el comandante desde lo alto de los muros le dijo que no podía entregar la ciudad confiada á su guarda, sin que él y su raza fuesen unos infames traidores á su palabra. Inútilmente trató Cárlos de convencer á los oficiales y á los soldados de la guarnición, mientras los caballeros gritaban que debía romperse la cabeza á Hotham, y solo se evitó el derramamiento de sangre dando el rey la orden de retirada. Desde alguna distancia continuó aun parlamentando con Hotham, pero éste se negó hasta á admitirle con una escolta de veinte hombres, pues no estaba seguro de los habitantes de la ciudad; no le quedó al rey mas recurso que retirarse y lo mismo hicieron ambos príncipes. Acusó á Hotham y á sus soldados de traidores y se dirigió en amarga queja al Parlamento. Este dió las gracias á Hotham por las precauciones que había tomado, é hizo saber al rey que el que cumplía los mandatos de ambas Cámaras, reconocía en este mero hecho la autoridad del rey. Al mismo tiempo envió una comisión al condado de York para oponerse á los preparativos del monarca.

Aun no había puesto en práctica el Parlamento su ordenanza sobre la milicia. Para anular la oposición del rey le había dado la forma de un bill, dejando aparte los motivos ofensivos y encerrando en límites moderados el tiempo de



la duración del empleo y las facultades de los Lores lugartenientes. Las personas indicadas en la petición debían ejercer su cargo solo por espacio de dos años y no podían hacer uso de las facultades que se les habían concedido sino en los casos de sedición ó de ataque por parte del extranjero; pero aun así lo rechazó Carlos; y entonces el Parlamento se hizo cargo de su ordenanza y se determinó á ponerla en vigor. En frente de ellos se puso la comisión de armamento del rey (Commission of array), que por medio de servidores fieles, nombrados por el rey para desempeñar los mismos cargos, se oponían á la acción de los Lores lugartenientes parlamentarios. En todos los condados se presentó este doble poder, y el pueblo se vió invitado á tomar partido por unos ó por otros.

El rey creía no tener aun ningún motivo para dudar del éxito de sus planes. En su cuartel general de York se reunía un gran número de hombres importantes que se separaban del Parlamento. Varios Lores hacia ya tiempo que habían salido de Londres, y á la desaparición de estos celosos realistas se debía en gran parte que la unión de ambas Cámaras no se hubiese alterado. Se hallaban entonces rodeando á su monarca: los condes de Southampton, Westmoreland, Northampton; los Lores Spencer, Rich, Lovelace y muchos otros prontos á pagar con su sangre y su dinero sus deberes de vasallos. El canceller Littleton tuvo ocasión de enviar secretamente el gran sello al rey, y poco después se puso también él en camino. Edward Hyde, cuyas relaciones con el cuartel general de la corte dieron motivo para que se sospechase de él, tomó también el mismo camino. Falkland, Colepepper y otros miembros de la Cámara baja, se pusieron á la disposición del rey, el cual en poco tiempo tuvo á su lado una especie de Parlamento que dió gran importancia moral á sus proyectos guerreros. Los hidalgos campesinos del condado de York fueron destinados, con gran satisfacción suya, á la formación de una guardia, y además Carlos contaba con el apoyo de la población de otros condados que no mostraban simpatías al Parlamento y con los auxilios que su esposa podría procurarse en el extranjero. Considerable era la falta de dinero y de material de guerra, el cual en gran parte se hallaba encerrado en los arsenales y almacenes. Además, aun cerca de su persona se presentaban síntomas de indisciplina. Entre los campesinos del condado de York se notaba cierto descontento contra los preparativos que se habían hecho, y aun entre los nobles del campo se encontraron firmas para una exposición en la que se pedía al rey que se entendiese con el Parlamento y renunciase á una guardia extraordinaria. En una gran asamblea compuesta de nobles, colonos y terratenientes, que se celebró al aire libre, se negó el rey á recibir la petición, pero Tomás Fairfax, que era aun entonces un joven desconocido, la puso encima del pomo de la silla de su caballo.

Entre tanto no permanecía el Parlamento mano sobre mano. En Londres se dió instrucción á las milicias y en los condados en que dominaban los comisarios del Parlamento empezábase á ejercitar á los reclutas, á establecer depósitos de armas y á buscar municiones. Los forrajes almacenados en Hull llegaron sin novedad á la capital. La exportación de material de guerra hacia York fué prohibida rigurosamente. Se entró en tratos con la City, con cuyas simpatías podía contarse, para que proporcionara un empréstito, y los mas ricos comerciantes se prestaron á suministrar 100,000 libras esterlinas. Los Lores y los Comunes suscribieron sumas importantes; Cromwell 500 libras, y Hampden, que una vez había sido procesado por 20 chelines, dió 1,000 libras. Frustróse también la nueva esperanza de que se pusieran de acuerdo el Parlamento y el monarca, cuando á principios

de junio envió el primero un ultimatum á York que contenía diez y nueve cláusulas que comprendían todas las peticiones que se habían hecho hasta entonces. La parte religiosa del movimiento se hacia patente en que se exigía la separación de los Lores papistas del Parlamento, que se pusieran en vigor las severas leyes contra los católicos, que se hiciera una reforma completa de los abusos eclesiásticos y se estableciera una estrecha alianza con las potencias protestantes. La parte política se manifestaba en que el Parlamento quería que se obtuviese su aprobación para proveer los altos empleos del Estado, para la elección de ayo de los príncipes reales y para su casamiento, para el nombramiento de los jueces, y en fin para las órdenes que se comunicasen á la milicia. Los grandes cambios que se exigían en la administración adquirían en este documento una forma concreta. El Parlamento, y dentro de este la Cámara baja, en la cual dominaba el espíritu del intransigente puritanismo, quería ocupar el primer lugar en el Estado, anulando el poder real que los Estuardos habían heredado de los Tudores. Carlos I lo comprendió en seguida.

«Si yo cediera á estas exigencias, decía, aun compararía ante mí las personas con la cabeza descubierta, se me besaría la mano y se me daría el título de Majestad; las fórmulas oficiales dirían aun: «La voluntad del rey, expresada por medio de las dos Cámaras;» tendría aun derecho á hacer llevar ante mí el cetro y la espada y en caso necesario ponerme la corona; pero aun esto no duraría largo tiempo cuando se hubiese destruido el árbol en que había tomado origen; y en lo que se refiere al verdadero poder real, sería solo la imagen y la sombra vana de un rey.»

Precisamente por esto debía temer el Parlamento que perdería todo lo alcanzado hasta entonces si el rey conservaba «verdadero poder.» No podía fiarse nunca en su sola palabra, pues la experiencia de lo pasado así se lo había demostrado muchas veces y aun en ocasión reciente. En una declaración pública se defendía ante «Dios y el mundo entero» contra la acusación de que quería combatir el Parlamento, y entre tanto las personas de su confianza trabajaban con celo en adelantarse á los Lores lugartenientes. La asamblea de Londres no perdió mucho tiempo esperando, y los hombres que defendían la idea del empleo rápido de medidas radicales fueron los que ganaron la partida. Se eligió una comisión compuesta de cinco Lores y diez Comunes «para velar por la seguridad del reino.» De esta comisión, en la que Pym, Hampden y Marten desempeñaban el principal papel, salió la proposición de llamar un ejército á las armas. Aun algunos de los mas radicales estaban indecisos, y voces que advertían el peligro y pertenecían muchas á ciertos miembros que no eran de los que menos habían combatido la arbitrariedad, se levantaron para evitar la efusión de sangre; pero quedaron en minoría.

El día 12 de julio determinaron los Comunes levantar un ejército para «la seguridad de la persona del rey, la defensa de ambas Cámaras y de aquellos que habían obedecido sus órdenes, para el sostenimiento de la verdadera religión, de las leyes, de las libertades y de la paz del reino,» y confirieron su mando al conde de Essex. Los Lores aprobaron la resolución de la Cámara baja, y el conde de Essex, asegurando al mismo tiempo su lealtad al rey, dijo que junto con los demás Lores estaba decidido á vivir y morir por esta causa.

El nombre solo del conde de Essex representaba una gran victoria para el Parlamento, pues el hijo del célebre favorito de la reina Isabel era querido de los poderosos y de los humildes, y solo mas adelante se vió que no poseía dotes militares; sus sentimientos puritanos eran tenidos por muy

sólidos (1), y su ejemplo debía atraer á muchos otros. Miembros muy importantes de ambas Cámaras se acogieron á las banderas de Essex. El conde de Bedford tomó el mando de la caballería; entre los oficiales de los cuerpos sueltos de caballería se hallaba un hijo de Pym, Arturo Haselrig y Oliverio Cromwell. Entre los coroneles de infantería debe mencionarse á Brooke, Kimbolton, Holles y Hampden. Los regimientos se ponían sus colores y las casacas verdes de Hampden se hicieron pronto célebres por medio de varias hazañas, pues tenían siempre presente el lema de su jefe: *Vestigia nulla retrosum*. Cromwell empezó á encontrarse entonces en su elemento, y una de sus primeras hazañas fué apoderarse de la vajilla de plata de Cambridge, que debía ser conducida secretamente hacia York. Lord Brooke reunió sus reclutas en el noble patio de su antiguo castillo de Warwick y les instruyó para la lucha. «Si la nobleza y la justicia de nuestra causa, decían, no bastan para convertir los cobardes en valientes y dar ánimo á los espíritus apocados, no sé en verdad cómo pueden animarse hombres mortales.» Con el mismo entusiasmo excitaban los predicadores protestantes á una lucha que debía servir al mismo tiempo para salvar la religión protestante y las libertades del país, y muchos de los mas conocidos se unieron á los regimientos como curas castrenses.

El entusiasmo político-religioso se manifestaba en todas partes, pero en ninguna encontraron mayor eco sus palabras que en Londres. Desde que se había conseguido separar al Lord-corregidor católico de su cargo, los amigos del Parlamento tenían ganado el juego entre los ciudadanos. La City presentó seis regimientos, mandados cada uno por un alderman (regidor) y bajo la dirección del mayor general Skippon. De los arrabales se agregaron también unos dos mil hombres armados. Donativos voluntarios, sumas de dinero, vajillas, joyas acudían en tal número á Guildhall, que apenas se tenía gente bastante para recibir tanto, ni sitio suficiente para colocarlo. Todo el mundo procuraba ayudar á su manera la causa del Parlamento. Había esposos que ofrecían su única riqueza, el anillo de boda; mujeres pobres y doncellas ofrecían sus dedos, alfileres, anillos y adornos de la cabeza para coadyuvar á los gastos de la guerra. En las iglesias una gran multitud iba á escuchar las palabras proféticas de los pastores, y para calmar la cólera del Todopoderoso se celebraban frecuentes fiestas. En el domingo, el día del Señor, cesaban todas las diversiones, y aun por último se suprimieron completamente las funciones teatrales, pues no correspondían á «aquellos tiempos de humillación.» En medio de este gran movimiento trabajaba John Pym con gran actividad en adoptar medidas de seguridad, en la Cámara baja, con las autoridades de la ciudad y con los jefes militares, desde la madrugada hasta altas horas de la noche. «El rey Pym» como le llamaban los libelistas de la corte en su impotente odio, premiado por la consideración de sus compañeros, era el favorito del pueblo de la capital.

En York se hallaban aun algo atrasados los preparativos, pero tampoco se perdía el tiempo. El rey había prometido á los Lores que le rodeaban no exigir de ellos sino lo que no se opusiera á las leyes del país; ellos por su parte se habían obligado á defender su persona, sus dignidades y prerrogativas, la Iglesia anglicana, las libertades de los súbditos, así como los privilegios de la Corona y del Parlamento. Cada uno hacia lo que estaba en su mano para conseguir dinero, armas y forrajes. Los nobles vaciaban los tesoros de sus castillos, los colegios de Oxford enviaban vajillas para que se fundiesen. Se apoderaron de recursos que se enviaban á

Irlanda, y por fin llegó el primer auxilio del continente por conducto de la reina. Cuando el Parlamento tomó la resolución de levantar tropas, el rey publicó una proclama para «reprimir la rebelión del conde de Essex,» empezando al mismo tiempo á organizar su ejército.

En los condados del Norte y del Oeste se había respondido á su llamamiento. La nobleza campesina de aquellos alrededores ofreció sus colonos y terratenientes; los católicos se declararon prontos á combatir contra los enemigos del rey, que eran los suyos propios, y oficiales del disuelto ejército real que debía haber combatido á los escoceses, esperaban solo una ocasión para adquirir fama y un buen botín. El rey había tomado la dirección suprema del ejército, pero llevaba el nombre de comandante en jefe el conde de Lindsey, el hombre que después de la muerte de Buckingham había intentado apoderarse de la Rochela. Lindsey cayó en la primera batalla ocupando su lugar Patrick Ruthven, conde de Forth, que había aprendido el arte de la guerra á las órdenes de Gustavo Adolfo. Caballeros notables y servidores fieles del rey como el conde de Newcastle, Endimion Porter, John Bellasis mandaban la infantería. El conde de Bristol, lord Digby, Capel, sir John Byron, uno de los antepasados del poeta, guiaban la caballería. El mando general de esta había sido confiado al príncipe Ruperto del Palatinado, el fogoso sobrino del rey, que regresó del continente para ponerse á su lado. Era hijo del rey de Bohemia y de Isabel Stuardo, y á la edad de catorce años había peleado ya contra los imperiales al frente de un regimiento; como príncipe sin patria había sufrido ya muchas aventuras en tiempos de guerra y de paz, y á la sazón se ponía al servicio del rey junto con su hermano Mauricio (2).

Los elementos de este ejército eran muy diversos. Falkland había seguido con cierta angustia el curso de los sucesos; y cuando vió que se había perdido toda esperanza de una conciliación, extendióse un velo de melancolía por su semblante que antes era alegre y animado. En cambio, Henry Killigrew, después que el conde de Essex fué nombrado general, se dirigió al campamento del rey, diciendo que quería procurarse un buen caballo, un buen sable y un buen par de pistolas, y que después ya encontraría un buen negocio. Para Eduardo Hyde y otros se trataba principalmente de sostener la institución episcopal de la Iglesia contra la amenazadora reforma puritana, mientras que Edmund Verney, el abanderado de Carlos I, no hacia un misterio de que á él poco le importaban los obispos y solo combatía por el honor y la gratitud. «Durante treinta años, decía, he servido al rey y comido su pan; no quiero ahora mostrarme cobarde y abandonarle, sino que sacrificaré con gusto mi vida.»

En Gales y Cornwall, en los condados de la frontera del territorio galés, en los distritos del Norte de los condados de Lancaster, Westmoreland, Cumberland, Northumberland y Durham, la mayoría estaba en favor del rey; eran los distritos en los cuales había habido notables cantidades de hierro y carbon, se prestaban por lo tanto poco al cultivo y estaban habitados por una raza robusta. En algunos distritos del centro, como en Berk, Oxford y York estaban equilibradas las fuerzas del rey y las del Parlamento; así es que ya se había llegado varias veces á las manos en los reclutamientos.

Las fuerzas del Parlamento residían por el contrario en los países feraces y productivos del Sur y del Oeste, en los condados situados á orillas del mar desde Devon á Lincoln, en los distritos de Surrey, Middlesex, Buckingham, Cam-

(2) Memoirs of the prince Rupert and the Cavaliers by Eliot Warburton, London 1849.

(1) Véase Sanford: The Earl of Essex, en los Studies, etc., p. 467-580.



bridge, Northampton, Derby, etc. En Londres tenían su mas fuerte base; guarnecían todas las aduanas, y asimismo las mas importantes bahías y puertos militares y los buques estaban en su poder.

Así se estableció una profunda division en la vieja Inglaterra, tan feliz en otros tiempos, y reinó en ella un tumulto guerrero. Los nobles fortificaban sus castillos; las milicias se ocupaban en procurarse armas, y en los campos y en las ciudades se pasaba en seguida de las disputas á los golpes.

El rey había empezado ya la campaña haciendo una nueva tentativa para apoderarse de la plaza de Hull; pero Hotham despreció sus cañones y sus amenazas y recibió un refuerzo de tropas parlamentarias. También fracasó el plan de Carlos de apoderarse de la ciudad de Coventry. En Portsmouth el comandante de la guarnición, el coronel Goring, se declaró en su favor; pero la plaza fué bloqueada por mar y por tierra y se vió obligada á rendirse. Aunque ya en estas tentativas se había derramado sangre, se decidió Carlos á renovar las antiguas ceremonias que daban principio á la guerra. El 22 de agosto se plantó ante el castillo de Nottingham y en campo libre el pendon real; el rey, el príncipe de Gales, su acompañamiento de nobles y una tropa de caballería é infantería se pusieron en la plataforma del castillo, y un heraldo leyó la proclama en la que se obligaba á todos los buenos súbditos á prestar su apoyo para vencer la rebelion del conde de Essex. Los presentes se descubrieron y gritaron: «Dios salve al rey.» Desde entonces el resultado dependía de la suerte de las armas.

## CAPITULO II

### PRIMEROS AÑOS DE LA GUERRA

En las distintas fases de la guerra-civil varió mucho el número de combatientes que lucharon por una y otra parte (1). Al concluir Carlos I sus preparativos, el ejército real contaba unos cuarenta mil hombres y el del Parlamento era mucho mas numeroso; pero nunca se encontraron en tan gran número en ningún campo de batalla, pues miles de ellos estaban separados de los ejércitos principales prestando servicio de guarnición ó bien conduciendo convoyes; así es que las tropas que lucharon para conseguir la victoria, comparadas con las grandes masas que hoy día toman parte en los combates, serian consideradas como muy insignificantes; y con todo, al principio de la guerra no se había llegado ni con mucho al número citado mas arriba, pues ambos partidos, especialmente el del rey, se hallaban muy atrasados en sus preparativos, por lo que para ganar tiempo Carlos I entró de nuevo en negociaciones con Londres, negociaciones que segun estaba previsto no dieron resultado alguno. Durante las semanas que trascurrieron en idas y venidas, tuvo ocasion de aumentar su contingente de un modo notable en los condados del Oeste, mientras que el conde de Essex establecía su cuartel general en Northampton, dejando á los realistas que se reunieran con toda tranquilidad.

El príncipe Ruperto y sus osados caballeros recorrían el país saqueando los almacenes y los pueblos, y aun se apoderaron momentáneamente de la ciudad de Worcester; y si bien al acercarse las avanzadas parlamentarias abandonó la plaza, se echó despues con sus escuadrones sobre el enemigo con furia tal, que le puso en fuga causándole grandes pérdidas.

(1) Existen una serie de trabajos especiales acerca de la Historia de la Guerra Civil en los distintos condados, cuyo número hace que no puedan citarse en conjunto: mencionaremos por ejemplo las *Memoirs of the civil wars in Wales and the Marches 1642-49* by John Roland Phillips, 2 vols. 1874. Webb *Memoirs of the civil wars in Herefordshire*, 1879.

El rey se entusiasmó con este primer resultado alegrándose de tener en su poder algunos rebeldes prisioneros, y lleno de esperanza en la victoria pensaba marchar directamente sobre Londres y terminar la guerra con un golpe atrevido. En la capital todo eran preparativos para contrarrestar el ataque que amenazaba: se aumentaron las guardias, se pusieron sobre las armas las milicias y los voluntarios, se hizo un empréstito forzoso, los sospechosos fueron desarmados y vigilados severamente; Essex trasladó su cuartel general á Worcester, y cuando no le quedó duda alguna de que el ejército real se dirigía hácia el Sudoeste le salió al encuentro alcanzándole en Edgehill, en el condado de Warwick.

Allí, en 23 de octubre, se dió la primera batalla de la guerra. El rey situado en una altura colocó su artillería en



El príncipe Ruperto. De un grabado de S. Freemam, segun un cuadro de Pedro Lely

buena posición, mientras que el ejército parlamentario se extendía en semicírculo. La caballería real al mando del príncipe Ruperto atacó el ala izquierda del enemigo y la rompió. La confusión de las tropas parlamentarias compuestas de reclutas fué mucho mayor cuando vieron que dos de sus escuadrones se pasaban al enemigo. El príncipe hizo que sus tropas persiguieran un buen trecho á los parlamentarios para echarse despues en busca de rico botín sobre los carruajes y las provisiones. Entre tanto las demás tropas reales habían atacado la otra ala y el centro enemigo. Allí fué violenta la lucha. Algunos regimientos de infantería parlamentarios como los de Holles y de Essex y un par de escuadrones de Cromwell y Haselrig, se esforzaron de tal modo que el conde de Lindsey fué herido mortalmente, el porta-estandarte real cayó al suelo y el mismo estandarte estuvo por un momento en poder del enemigo, estando el rey y los príncipes de Gales y de York á punto de ser hechos prisioneros. Regimientos frescos, entre ellos los de Hampden, tomaron parte en el combate; el príncipe Ruperto se vió obligado á abandonar el saqueo, pero cuando regresó al campo de batalla era ya tarde para rehacer las tropas reales. En esto cerró la noche que-

dando Essex dueño del campo de batalla, aunque sin atreverse á continuar la lucha.

En Londres se consideró esta batalla como una victoria y en este sentido se pronunciaron alocuciones encomiásticas en Guildhall. El rey por su parte se encontró demasiado débil para llevar adelante en seguida el plan que había formado; pero no por esto había desaparecido el peligro para la capital, por el contrario se había hecho tanto mas tangible, cuanto que el rey había logrado dirigirse á Oxford desde el campo de batalla de Edgehill. Estaba pues mucho mas cerca de Londres, y á principios de noviembre se apoderó de la ciudad de Reading y se presentó ya la caballería del príncipe Ruperto en las inmediaciones de Londres llevando el terror á todas partes. Essex se había dirigido á la capital para encargarse de los preparativos de defensa é iba aun poseído del espíritu de conciliación deseando que se entrara en negociaciones con el rey; el mismo punto de vista estaba defendido en ambas Cámaras por un fuerte partido. El rey por su parte declaró que estaba pronto á entenderse con el Parlamento, pero que se negaba á admitir como negociadores á aquellas personas á quienes él había acusado como traidores. Los negociaciones se hallaban en buen camino, creyendo el Parlamento que en el entre tanto se firmaría un armisticio, cuando el ruido del cañon que tronaba al Oeste vino á demostrar lo contrario á los que estaban confiados. El príncipe Ruperto logró que el rey se decidiera á acompañarle en una empresa que había ideado. Contaba con que el partido católico de la City se sublevaría ayudándolos, y en 12 de noviembre los realistas se dirigieron en gran número al pueblecito de Brentford. Las casacas encarnadas de Holles establecieron barricadas en las calles, pero los del país de Gales que tenían que restablecer el honor de sus armas, perdido en Edgehill, los derrotaron, pudiendo solo salvarlos de una completa destrucción los regimientos de Brooke y Hampden que habían acudido á su auxilio.

No era ya pues posible seguir las negociaciones; en Londres solo se oyeron quejas de la falta de palabra del rey y de la crueldad del príncipe Ruperto, no perdiéndose un minuto para poder contrarrestar al enemigo que por su parte se sentía demasiado débil para poder aprovecharse del resultado obtenido. Essex habiendo aumentando su contingente se dirigió hácia el Oeste siguiéndole las milicias y los voluntarios. «Venid, venid, valientes jóvenes, decía el mayor Skippon cruzando las filas, recemos y combatamos con celo, pensad que luchais por Dios, por vuestras esposas y vuestros hijos, el Señor os dará su bendición.» Al día siguiente se hallaban unos 20,000 hombres no muy lejos de Brentford, en los prados de Turnham, no faltándoles provisiones y bebidas de todas clases. Es verdad que entre ellos había pocas tropas veteranas; pero á pesar de esto el rey Carlos no se atrevió á atacarlos. Por su parte tampoco quiso atacar el conde de Essex. El rey se dirigió á Reading y de allí á Oxford quedando abandonada la idea de tomar por sorpresa la capital.

Mientras que por la corte se establecía una pausa en la continuación de la guerra, el partido de la paz tomaba de nuevo valor en el campo parlamentario, contando con bastantes representantes en ambas Cámaras y apoyado por gran número de peticiones. Por otra parte, el municipio de la ciudad se había dirigido al rey para suplicarle que dejase la guerra y regresara á Londres. Carlos contestó que él no estaría seguro allí donde se pisoteaban las leyes del país y se habían tomado las armas contra él, y terminó exigiendo la sumisión y prometiendo perdonar á los que se arrepintiesen. Su contestación fué leída ante una gran multitud en Guildhall y en seguida tomaron la palabra el conde de Man-

chester, conocido antes como lord Kimbolton, y despues de él John Pym, para combatir las palabras del rey y prevenir á los ciudadanos que no se dejaran seducir. Las palabras de Pym fueron saludadas con grandes aplausos, sobre todo cuando dijo que así como el Parlamento estaba al lado de la ciudad de Londres, confiaba que esta asimismo sería fiel al Parlamento. La contestación fué «queremos vivir y morir con él,» sellándose de nuevo la alianza entre el pueblo y el Parlamento. En este también salió victoriosa la tendencia de Pym, Hampden y Vane, que no querían saber nada de negociaciones que dieran tiempo al rey para aumentar sus preparativos y preferían una guerra enérgica á una falsa paz; y si bien se hicieron algunas proposiciones al rey para ponerse de acuerdo, no fueron mas que una repetición mas explícita aun de las diez y nueve que había rechazado el año anterior y que no le era posible aceptar cuando ya había apelado á las armas y confiaba mejorar la situación continuando la guerra. Por consiguiente no se logró ni siquiera la conclusión de un armisticio.

Desde el mes de febrero la reina Enriqueta María se hallaba de regreso en el país (1). Protegida por el príncipe de Orange y los realistas fugitivos, había vendido en Holanda parte de las joyas de la Corona que llevó consigo, unas dadas en garantía á los banqueros por empréstitos hechos, y las otras para enviar á su esposo, como hizo ya en el verano de 1642, dinero, cañones, carabinas, municiones y efectos de guerra de todas clases. En vano fué que un enviado del Parlamento protestase ante los Estados generales de esta infracción de la neutralidad; la reina pudo continuar sus preparativos sin ser molestada, alistar tropas, cargar buques con municiones de guerra, y hacerse vela con su pequeña escuadra para reunirse de nuevo con el rey. Su marcha se vió amenazada por la tempestad y por un almirante del Parlamento que intentó darle caza, pero logró dar fondo en la costa del condado de York, cerca de Bridlington, y pudo poner en seguridad lo que había desembarcado. Apenas se había efectuado el desembarco se presentaron los buques enemigos en la bahía y bombardearon la plaza. Las balas penetraron en la casa donde se hallaba alojada la reina, llegando al través de la ventana hasta su mismo cuarto de dormir, y se vió obligada á huir al campo raso con las mujeres que la acompañaban; pero en todas estas aventuras mostró el mayor valor.

En York los realistas le hicieron un gran recibimiento, y sus correligionarios católicos corrieron en masa á alistarse bajo sus banderas. El conde de Newcastle se puso pronto á su disposición con las tropas de su mando, y Enriqueta se encontró la cabeza de un ejército importante al cual los parlamentarios dieron el nombre de «ejército de la reina» ó «ejército de los papistas.» Entró en tratos con el conde de Montrose para una sublevación de los montañeses de Escocia contra los presbiterianos, y con el conde de Antrim para la formación de un cuerpo auxiliar de irlandeses, al mismo tiempo que suplicaba al rey que no entrase en negociaciones con los rebeldes sin advertírselo.

Ya anteriormente se había discutido si debía presentarse contra la reina una acusación de alta traición como se había presentado en otro tiempo con Strafford; pero los parlamentarios antes de que el rompimiento con el rey se hubiese hecho público, rechazaron con energía tales proposiciones. Pero despues de lo acontecido, la Cámara baja no se opuso á que se presentara á los Lores, por conducto de Pym, una acusación en regla contra Enriqueta María, aunque no pudie-

(1) Letters of queen Henrietta Maria ed. by Mary A. Everet Green 1857. Obra poco completa es: Henriette Marie de la France, par le Comte de Bailion, Paris, 1877.